

## RESEÑAS

David Runciman, *Así termina la democracia*, trad. por Albino Santos Mosquera (Barcelona: Paidós, 2019), 304 pp.

RECEPCIÓN: 21 de febrero de 2019.

APROBACIÓN: 27 de julio de 2020.

DOI: 10.5347/01856383.0136.000299532

Hay una creciente y generalizada sensación de malestar en Occidente. Sus fundamentos culturales, económicos, políticos, parecen tambalear. Hablamos de crisis climática, de crisis migratoria y de una crisis de la información reforzada por invasivas tecnologías cuyo impacto estamos lejos de comprender. Y a la crisis económica del 2008, se suman una seguidilla de preocupantes hechos políticos: el voto del *brexit*, la elección de Donald Trump y un viraje mundial hacia la derecha y el populismo. Los más alarmistas creen que la democracia está bajo amenaza, que pende de un hilo.

En consecuencia, han cundido los diagnósticos. Entre tanta bibliografía, el libro de David Runciman, *Así termina la democracia*, destaca por la imparable y casi resignada lucidez. Profesor de la Universidad de Cambridge, colaborador asiduo de la *London Review of Books*, Runciman se ha hecho célebre gracias al que quizá sea el mejor podcast sobre política internacional, *Talking Politics*. A caballo entre la academia y los medios masivos, su trayectoria intelectual le ha permitido tender puentes entre mundos tradicionalmente separados. Su libro participa y se beneficia de esa singular disposición: desprovisto del lenguaje esotérico que en ocasiones lastra las obras académicas, en él claridad, medida y agudeza se refuerzan recíprocamente. La sensatez de sus argumentos, sin embargo, no logra esconder algunos puntos ciegos: de un lado, su renuencia a adentrarse en el aspecto financiero de la crisis democrática actual, señalada por economistas como Adam Tooze o Robert Skidelsky; del otro, un marcado eurocentrismo que le impide explorar otros escenarios de gran utilidad analítica, entre ellos, la hoy convulsa Latinoamérica, donde la democracia goza de una historia igual o incluso más larga que en el Viejo

Continente. Por último, se lamenta que la traducción peque, aquí y allá, de una literalidad que tolera frases incorrectas o poco naturales.

Como lo indica el título, el diagnóstico de Runciman gira en torno a la condición presente de la democracia. Antes que nada, el politólogo recurre a la elección de Trump para reflexionar en el tipo de crisis que las democracias occidentales parecen estar experimentando. Runciman, al contrario de muchos, evita caer en catastrofismos: el polémico mandatario fue elegido democráticamente y se le ha hecho oposición democráticamente. Nada indica, entonces, que su posición sea análoga a la de Hitler, como muchos, Timothy Snyder sobre todo, han dicho. Para Runciman, seguimos atrapados en “imágenes obsoletas del aspecto que suponemos y asociamos a una caída de la democracia” (10), esto es, seguimos anclados en los fascismos del siglo XX y su recuerdo, cuando las instituciones democráticas eran mucho más frágiles. Confrontada con realidades que sobrepasan sus fijaciones históricas, “la ciencia política contemporánea tiene poco que decir” (11).

El hecho de que Estados Unidos “quizá no sea el lugar adecuado para anticipar el fin de la democracia” (31) no implica que la elección de Trump no constituya “un buen momento para empezar a pensar en lo que el fin [...] podría significar” (18). Puesto que los esquemas existentes para concebirlo resultan inadecuados o insuficientes, Runciman propone repensar la democracia a partir de una analogía con la vida humana. De acuerdo con este modelo importado de la biología, “la democracia está pasando por lo que en las personas es la típica crisis de los cuarenta o de los cincuenta: una crisis de madurez” (13). En ella, se empiezan a sentir los efectos no ya de la vejez, sino del envejecimiento: “puede que los elementos que confieren a la democracia su atractivo continúen funcionando, pero ya no logran funcionar juntos” (15). En el proceso de envejecer, la democracia “comienza a disgregarse”, amenazando con tornarse vacía, meramente formal.

¿Cuáles son estos síntomas de envejecimiento? Runciman distingue tres amenazas interrelacionadas que avisan cómo la democracia podría caer “aún permaneciendo intacta” (12), como una momia. Ninguna corresponde al obsoleto imaginario de entreguerras, que solo nos prepararía para evitar un segundo Hitler. Por el contrario, forman parte de apremiantes cuestiones actuales: la *primera amenaza* es la posibilidad de un golpe a la democracia. Pero con democracias maduras y consolidadas, difíciles de resquebrajar, el peligro ya no estriba en el camino trillado: el golpe puntual, la junta militar y la violencia brutal. Quizá, y esto es lo más angustiante, no nos demos cuenta del fin de

la democracia sino cuando sea demasiado tarde. En el siglo XXI, arguye Runciman, ciertas modalidades de golpe resultan más eficaces por imperceptibles: la paulatina “expansión del ejecutivo”, por ejemplo, gradual y por ende difícil de descubrir, como ha sido el caso en los últimos cincuenta años de Estados Unidos; o el “referéndum” o “golpe promisorio”, puesto en práctica en Turquía, donde se apeló a la democracia directa y el estado de opinión para legitimar una suspensión del derecho. Ambas opciones apelan a la democracia para subvertirla; el golpe se realiza en defensa de aquello que se deshace y que es preferible no atacar de frente.

Dos fenómenos alimentan este estilo de golpes: por un lado el populismo, que no distingue ideologías al movilizar las emociones de un “pueblo” reificado en contra de unas “élites” antidemocráticas; y por el otro, las teorías de la conspiración, tras de las cuales se puede ocultar un sinnúmero de ataques a la democracia: al ser “omnipresentes, el espacio donde ocultar una conspiración de verdad se amplía, ya que nadie puede distinguir los árboles ni el bosque” (74). Al final, puede terminar sucediendo precisamente aquello que la suspicacia más teme: que “el golpe triunfa porque nadie sabe que ha tenido lugar” (74). El populismo y las teorías de la conspiración, plantea Runciman, se nutren de condiciones reales que se asemejan más a aquellas de la década de 1890 que a las de la década de 1930 entonces, como ahora, se combinaban cambios tecnológicos y sufrimiento económico con un visible aumento de la desigualdad y una inusitada ausencia de guerras. El problema radica en que el estancamiento democrático de entonces, a diferencia de lo que sucede ahora, se superó por medio de grandes reformas políticas y, por encima de todo, gracias al impacto de dos guerras mundiales, que transformaron la agenda social.

El populismo y las tendencias “conspiranoicas” serían impensables sin el concurso de la *segunda amenaza* a las democracias maduras: la tecnología. Lejos de significar el arribo de una revolución democrática, internet ha debilitado los medios tradicionales de información, ha favorecido la democracia directa, ha azuzado pasiones tribalistas, ha golpeado las estructuras partidistas y ha propiciado la aparición de corporaciones transnacionales que, como Facebook o Amazon, son profundamente antidemocráticas por su mismo tamaño, organización jerárquica y capacidad de vigilancia cibernética. Con cándida molicie, advierte Runciman, hemos entregado nuestra información y nuestros deseos a la voracidad de aplicaciones, aparatos y páginas web que aherrojan nuestra atención, nos otorgan satisfacción inmediata y nos convierten en consumidores compulsivos. Runciman, no obstante, se encuentra

lejos del ludismo decimonónico: la tecnología informática llegó para quedarse, y antes que satanizarla, mejor regularla y educarnos para hacer buen uso de ella, poniéndola al servicio del electorado. Mientras tanto el Estado, que cuenta con el monopolio de la violencia, la fuerza del derecho y el suficiente dinero, debería imponérsele al poder corporativo, tal como sucedió con la Standard Oil Company en 1911.

La *tercera y última amenaza* a las democracias es la posibilidad, cada vez más próxima y real, de una catástrofe ecológica o nuclear. De la segunda se corren hoy más riesgos que hace sesenta años, pues el seguimiento del armamento nuclear es pobre y el desarme no se impone en la agenda internacional. Para colmo, el mundo pasa por un periodo de liderazgos temerarios y ajustes geopolíticos, en los que China y Rusia apuestan todo por ganar mayor presencia en el ajedrez global. La posibilidad de un desastre ecológico es más inminente y, al mismo tiempo, más difusa: no sabemos cuándo ocurrirá exactamente, los riesgos, aunque reales, no están claros, y se siente una suerte de “fatiga del apocalipsis” (114). Además, y al contrario de un desastre nuclear, la crisis climática no es un acontecimiento puntual: ¿cuándo empieza? ¿Cuándo termina? ¿Cuándo se torna irreversible y, si es el caso, para qué ofrecer resistencia a un hecho consumado? Como con las otras amenazas, da la impresión de que las democracias no están capacitadas para responder a los problemas ambientales. La complejidad del fenómeno y, peor aún, el modo en que se interconecta con todo lo demás, escapa a unos dirigentes cada vez más cooptados por intereses privados. El resultado es una sensación de “impotencia frente a la complejidad” (141) y la sospecha de que la democracia representativa, lenta, deliberativa, burocrática, ya no es la respuesta.

Ante estas tres amenazas Runciman sugiere adoptar una posición tocquevilliana, que sopesa los pros y los contras del atasco democrático. En su opinión, soluciones tales como el autoritarismo pragmático, cuyo modelo más exitoso es China, o el retorno a la epistocracia, “el gobierno de los que saben” (214), son peores que la enfermedad. El primero parece indisociable de un aparato de vigilancia y disciplinamiento tecnocrático tan perverso como omnímodo, mientras que el segundo no elude la cuestión de cómo se distingue y quién distingue entre los que saben y los que no. Lo que se sacrificaría en estos arreglos es la democracia y su capacidad única de dotar al individuo de dignidad, de derechos y de la posibilidad de participación política en aras de una supuesta seguridad. Descartadas estas dos vías, Runciman se decanta por explorar el potencial liberador de la tecnología: es probable que nos permita

una *pax technica* poscapitalista en que solo las máquinas trabajan, o que potencie la precisión con que medimos los indicadores económicos, de modo que se cuestionen parámetros obsoletos y se aplique un modelo de “renta básica universal”, o que, por último, despeje el camino a nuevas soberanías en unidades políticas inauditas, más allá de nacionalidades o geografía.

Comoquiera que sea, en lugar de soluciones o vaticinios Runciman propone lecciones. Entre ellas, aceptar que la democracia ha envejecido, que no tiene sentido obsesionarse con su declive cuando aún podemos disfrutar sus ventajas y que su muerte no será un hecho único sino un proceso dilatado. Para Runciman, por lo tanto, las ventajas de la democracia, aunque maltrechas, siguen y seguirán en pie, lo mismo que su aptitud para “aplazar el desastre” (254) y ofrecer un compás de espera a soluciones y cambios de dirección que actualmente se nos escapan. En fin, y reconociendo lo imprevisible que es el futuro y la inutilidad de cualquier predicción, Runciman considera que “la democracia occidental sobrevivirá a su crisis de madurez. Con suerte, saldrá un poco escarmentada de ella, pero es improbable que la devuelva a su juventud. En cualquier caso, este no es el final de la democracia; pero así es como termina” (260). Es decir, el momento actual no representa el fin de la democracia; pero sí exhibe, como en una radiografía, los síntomas de su vejez. Y anuncia las causas de una lenta muerte que llegará sin aspavientos.

ALEJANDRO QUINTERO MÄCHLER  
Universidad de Columbia